FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor: *Viaje al siglo XX*. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1962.

VARIOS son los motivos por los cuales la aparición de *Viaje al siglo XX* debía ser celebrada, antes, incluso, de la lectura de su texto. Trátase de un libro de memorias, género sobremanera escaso en las letras españolas. Por razones que no son del momento, al español no le gusta exhibir públicamente la verdad de su vida, ni siquiera cuando ésta se halla vocada al oficio de escribir; y cuando se decide a hacerlo, prefiere de ordinario relatar lo que han visto sus ojos a confesar lo que él ha sentido y pensado en su intimidad. De ahí la infrecuencia de las confesiones y las memorias en la literatura castellana y el expectante alborozo con que entre nosotros suele ser acogida cualquier publicación autobiográfica; expectación singularmente viva en este caso, tanto por la personalidad del autor —soberano conocedor y crítico de nuestra más reciente historia política y literaria— como por el hecho, doblemente insólito, de haber consagrado sus espléndidas dotes de recordador y de escritor a la narración de sus experiencias infantiles. Además de ser un título feliz, este *Viaje al siglo XX*, de Melchor Fernández Almagro —viaje a través de la guerra de Cuba, de los primeros balbuceos de la generación del 98, del orto del modernismo— anunciaba a todos una incitante aventura lectiva.

Después de esa aventura escribo yo, y debo apresurarme a declarar que mis esperanzas no han quedado defraudadas. Desde la plena madurez de su mente, cuando la nunca lograda empresa de poseerse a sí mismo queda tenuamente veteada de melancolía —lo que es el dulzor en la maduración del fruto, eso es la melancolía en la madurez del hombre—, Melchor Fernández Almagro recuerda muy buena parte de lo que poco antes y poco después de 1900 vio, oyó y sintió su alma de niño. ¿Qué recordamos de nuestra infancia? Los datos que en el balance de nuestra vida pretérita llamamos «recuerdos infantiles», ¿hasta qué punto son la huella de experiencias antaño reales, y en qué medida constituyen el resultado de proyectar sobre el indeciso telón de fondo de la puericia vicisitudes y modos de ser correspondientes a etapas ulteriores de la vida? Frente a los recuerdos de carácter más figurado y concreto —un hombre, un rostro, la traza de una ciudad—, apenas cabrá la duda: recordamos lo que de niños vimos y aprendimos. ¿Cabe decir lo mismo cuando nuestra memoria nos brinda sentimientos, estimaciones, interpretaciones y juicios de la niñez? La lúcida explicitud con que Melchor Fernández Almagro se plantea este delicado problema y, junto a ella, la atractiva frecuencia con que en *Viaje al siglo XX* son evocados los varios estados de ánimo de una infancia tan ávida y sensible, ofrecen un pingüe material de estudio al considerador científico de las primeras edades de la vida.

No es éste, sin embargo, el tema a que quiero dedicar mi glosa. Frente al texto de este singular libro, me parece preferible reseñar los varios aspectos del rico acervo de recuerdos que sus páginas contienen. Lo cual debe hacerse, a mi modo de ver, distinguiendo en él los tres principales órdenes en que la vida en torno y la vida íntima fue revelándose a ese niño, ya tan nuestro como del escritor que desde dentro de sí mismo ha querido recordarlo: sus sucesivos descubrimientos en cuanto niño *in genere*, en cuanto niño español y en cuanto personita caminante hacia la gran persona que todos llamamos Melchor Fernández Almagro.

Sin permiso de los psicólogos de la infancia y, por supuesto, sin especial cotejo entre mi volandera tesis actual y la amplia bibliografía científica acerca del tema, desde Stanley Hall y Claparède hasta Carlota Bühler y Piaget, me atreveré a decir que en el curso de su edad el alma del hombre va descubriendo sucesivamente lo neutro, lo abstracto y lo real concreto. El vago e inicial descubrimiento de «lo neutro» —lo grato y lo

ingrato, lo bueno y lo malo— es cosa de la primera infancia. Durante la adolescencia y la primera madurez, esa experiencia originaria se transfigura en hallazgo de «lo abstracto»; del reino de las ideas, si se quiere decirlo platónicamente: la bondad, la belleza, la justicia. La madurez de la mente lleva, en fin, al descubrimiento de lo real concreto, con su ineludible complejidad de planos y matices: tal hombre bueno, tal paisaje bello, tal instante desventurado o venturoso. Aristotélicamente, diríamos, la mente pasa de la hipotética realidad de la idea a la auténtica realidad —valga la redundancia— de «lo real». Lo cual, y con esto vuelvo en parte a lo antes dicho, no puede hacerse sin cierta dosis de melancolía.

¡Qué rico venero de experiencias reveladoras de «lo neutro» nos brinda este *Viaje al siglo XX*! «Lo mortal» como condición de los hombres en torno, a través de la muerte del abuelo Rafael, cuando el incipiente Melchor no llegaba a sus cuatro años; «lo maravilloso» en la naturaleza, vivido por vez primera frente al mar y la tormenta; «lo maravilloso» en el arte, ante el teatro y el circo, entre los muros de la Alhambra y en el nervio mismo de los primeros contactos con la poesía; «lo pavoroso», en las solitarias excursiones heroicas a las estancias no habitadas de la casa paterna; «lo amatorio», etapa inicial del amor propiamente dicho, en ese delicadísimo, poético encuentro visual del niño Melchor con Tránsito, la niña enferma y pronto muerta de Ubeda, y más tarde en sus paseos con Tinita, por las alamedas del cortijo de San Ignacio...

Pero el protagonista de este viaje —como todos los niños y todos los hombres— es niño *in genere* a través de un niño *in specie* y un niño *in individuo;* por tanto, a través de su condición de español y de su realidad de persona singular. El mundo de la Regencia, que tan ilustre historiador había de tener en aquel infante avispado y curioso, va revelándole su aparato, su drama y su anécdota: la guerra de Cuba, los relieves granadinos y familiares de la general política del país, los primeros versos modernistas, la visión de Unamuno en Granada, ese delicioso encuentro con el «colegio electoral» a través de unas elecciones municipales. Con muy personal emoción he leído la gran aventura política del Melchor de siete años: su no planeada hazaña de atravesar con Rosa, la niñera, una Puerta del Sol inundada por estudiantes que ante la vacación oficial por la boda de la princesa de Asturias con un Caserta gritaban encrespadamente: «¡Que no se casen! ¡Queremos clase!» Uno de aquellos estudiantes era mi padre. Y con los eventos espa-

ñoles, la resonancia de los que allende las fronteras daban su tono a la historia universal: la guerra ruso-japonesa, el auge del automóvil, los primeros vuelos de Santos Dumont.

Entre 1897 y 1906 —año en que simultáneamente mueren el padre y la niñez de Melchor Fernández Almagro—, millares de niños descubrían el mundo intelectual de «lo neutro» y el agitado mundo empírico de los sucesos que entonces daban realidad histórica y colorido local a la vida española. Regidos, sin embargo, por esa misteriosa urdimbre de vocación, aptitud, temperamento y destino biográfico que solemos llamar «personalidad», cada uno de ellos iba a hacer especialmente suyos e incorporaría definitivamente a su existencia los más afines con su naciente individualidad y los más contrastados con ella. Bajo cinco epígrafes principales pueden ser ordenados los que más firme raíz echaron en el alma de aquel Melchor: la historia («recuerdo a mi padre, sentado conmigo frente al pilar de Carlos V, hablándome de la Reconquista»), la política como espectáculo humano, como realidad contemplada («el vocabulario se me iba quedando, y no desesperaba de aclarar poco a poco el sentido de cada palabra: conspiración, mitin, Cortes, huelga, derechas, izquierdas, socialismo, concordato, disidencia...»), la lectura y la contemplación de la obra literaria (la poesía y el teatro, ante todo), la palabra, como vehículo de comunicación entre los hombres y como realidad fonéticamente sugeridora y bella (ese precoz paladeo de los vocablos insólitos y exquisitos «falúa», «nemoroso», «oropéndola»...) y la creación técnica, no como producto calculable y calculado, sino como maravilla reveladora del poder del hombre. El Melchor Fernández Almagro que todos conocemos —el historiador, el crítico literario, el académico— apunta muy claramente en esas espontáneas preferencias infantiles de su alma. Y por supuesto, el escritor, que tan felices muestras de su maestría nos regala en este libro suyo: narrando, por ejemplo, la expectación azorada e impaciente con que él y su mundo caminan hacia el siglo XX durante el mes de diciembre de 1900, llamando «blando, suave, lento» al aire de la noche veraniega en la playa de Motril, y en tantas otras páginas. Pero, ¿qué secreto Melchor Fernández Almagro preludiaba ese pasmo suyo ante la creación técnica? Permítaseme la osadía de una respuesta: tal afición, acaso insospechable en quien tan ajeno a los artefactos de la técnica parece vivir hoy, revelaba tempranamente una de las fibras más íntimas del espíritu de nuestro autor: su fe en el hombre, una confianza radical, aunque no delicuescente, sino más bien atemperada por cierto ele-

gante desengaño —una última e insobornable confianza dieciochesca, me atrevería a decir— en las posibilidades de la inteligencia y la bondad del género humano, cuando éste se decide a ser verdaderamente fiel a sí mismo. *Viaje al siglo XX*, conmovedor relato para quienes dentro de ese siglo hemos nacido y vamos a morir.—*PEDRO LAIN ENTRALGO.*